

Darío Fernández Flórez



FRONTERA



La frontera es el verdadero protagonista de esta novela. Esa frontera franco-española que alza entre los dos países mucho más que el paroxismo orogénico del firme roquedo pirenaico y que se extiende desde el Rosellón catalán hasta el Labourd vasco, ondulándose en el ancho Languedoc y tendiéndose en la depresión de Aquitania.

Cuatro episodios recorren toda la raya, entremezclando sus personajes en una movediza unidad novelística, en un empeño de elaborar literariamente una realidad desaforada que desborda su acción inagotable.

El lector hallará en *Frontera* un medio social desnudo, en carne viva, desconocido para la literatura de gabinete y poblado por una gente de rompe y rasga que no oculta sus reacciones bajo la máscara de la educación. Esta auténtica ilustración resulta siempre moralizadora, porque la verdad moraliza siempre por sí sola, mientras la hipocresía farisaica y gazmoña pudre las raíces de la moral.

A mi amigo el doctor Enrique Escardó, que
conoce mis andanzas y aventuras en la frontera.

No te empeñes en que lo que no es bello sea feo, o malo lo que no es bueno.

PLATÓN, *El banquete*.

PRÓLOGO

Está de Dios que todas mis novelas lleven delante unas cuantas líneas mías dirigidas al lector. Tan necesaria se me hace esta comunicación directa que, a veces, pienso si no las escribiré para darme el gusto de tenderle aquí, en estas páginas primeras, mi mano de novelista.

Entregar a otro algo de uno mismo es siempre emocionante, pues lo que se entrega comienza en seguida a transformarse y se hace novedad. Pero este fenómeno ocurre tan sólo cuando lo que se desprende de uno posee una vida propia independiente, rebelde incluso, capaz de alzarse frente a su autor.

Deseo, pues, que mis lectores concedan a *Frontera* una tan larga y tan rebelde vida como la que otorgaron a *Lola, espejo oscuro*, que todavía anda por ahí, fresca y garbosa, conquistando a la gente como si no pasaran los años por ella. Mas quiero advertir aquí, honradamente, que esta novela nueva que les ofrezco, marcha por otras rutas, aun cuando sea la misma intención literaria quien la mueva, ya que resultaría demasiado cómodo y un tanto aburrido para un autor ambicioso asegurarse el éxito repitiendo el mismo camino novelístico.

No hay en las páginas que siguen ninguna Lola emboscada bajo otro nombre, ya que Adriana, la mujer que más sale en *Frontera*, resulta una buena chica un poco despistada por su difícil situación. Pero eso sí, tampoco quiero que ningún lector pueda sospechar en mí la más ligera tibieza en lo que se refiere al ardiente y a veces heroico amor que

me inspira la realidad. Yo sigo en mis trece, creyendo siempre en la verdad de la vida, porque creo en la Verdad de Dios y no creo en la que se arrogan los hombres, según he advertido a los lectores de una pequeña obrilla mía que lleva el título de *Boda y jaleo de Titín Aracena*. Y con terquedad ibérica continúo mostrando literariamente, lo mejor que puedo, la vida vida, no la vida retórica, no la vida que oculta en la estéril arena de los tópicos su cobarde cabeza de avestruz.

Esta vida caliente, esta vida confusa y atropellada que nos dejan los días, es la que yo traigo, con varia fortuna, a unas páginas que, por lo mismo, encuentran siempre una viva respuesta en mis lectores, Por eso el lector hallará nuevamente en *Frontera* un medio social desnudo, en carne viva, desconocido para la literatura de gabinete y poblado por una gente de rompe y rasga que no oculta sus reacciones bajo la máscara de la educación. Esto da lugar a que el lío de la vida aparezca aquí más enredado y feroz que nunca, aunque cierto es que en todas partes cuecen habas.

Cada día me siento más humilde ante los designios inescrutables que mueven el difícil tejemaneje de la existencia, y líbreme Dios de meterme en juicios que no me corresponden sobre la conducta de mis personajes, aunque la de algunos de ellos deje mucho que desear. Pero creo que esta auténtica ilustración de unas formas de vida que entrego a mis lectores, resulta siempre moralizadora, porque la verdad moraliza siempre por sí sola, mientras la hipocresía farisaica y gazmoña pudre las raíces de la moral.

Tal vez por eso yo no tema el escándalo literario, aunque tampoco lo haya buscado nunca. Creo, de veras, que lo más peligroso para un hombre, y mucho más para un artista, es encontrarse escayolado en un orden muerto, y que cualquier actitud espiritual resulta siempre escandalosa para los tibios comodones, para los que ahorran vida, olvidando que para ganar la salvación hay que jugarse el alma sobre el tapete verde del garito de la vida. En esto estoy tam-

bién con Heráclito el oscuro, porque más vale arrojar cadáveres que estiércol.

En *Frontera* hay algunos cadáveres, cierto es, arrojados en un mundo español asombrosamente ignorado por los españoles de España y que yo he conocido, creo que bastante bien, en varias ocasiones, a lo largo de casi tres años. Mas ni los vivos ni los muertos, todos absolutamente reales, se alzarán escandalizados de que yo los traiga a las páginas de mi novela, porque ellos no son carne de escándalo, porque ni aun los vivos son ya casi carne, sino espíritus llameantes, atormentados por el destierro, que pelean sus vidas sobre toda la región fronteriza del Midi francés. Por una vez, no tengo que ocultar la realidad de mis personajes; por una vez puedo confesar aquí que a todos ellos los he visto, los he oído, los he conocido y los he llevado incluso desesperadamente dentro de mi corazón de hombre español.

La frontera es el verdadero protagonista de esta novela. Esa frontera franco-española que alza entre los dos países mucho más que el paroxismo orogénico del firme roquedo pirenaico y que se extiende desde el Rosellón catalán hasta el Labourd vasco, ondulándose en el ancho Languedoc y tendiéndose en la depresión de Aquitania. Ese difícil mundo fronterizo que no se irá jamás de mi memoria.

Cuatro episodios recorren aquí, en *Frontera* —de Perpignan a Biarritz, de Bourg-Madame al mismísimo puente internacional sobre el Bidasoa, pasando por la borrascosa Toulouse— toda la raya, entremezclando sus personajes en una movедiza unidad novelística, en un empeño de elaborar literariamente una realidad desafortada que desborda su acción inagotable. Yo sé que he sido fiel a todo aquello y, más que nunca, quisiera que la fortuna acompañara mi pluma de novelista que no se resigna a andar en zapatillas por su casa. Porque toda audaz exploración tiene sus riesgos y yo no los ignoro.

Debo aconsejar también al lector que dude de la terrible realidad final del tercer episodio de esta novela, que consulte las actas de la frontera, donde consta el recentísimo hecho, que yo he conocido gracias a la generosa amistad del Coronel Ortega, Delegado Jefe de la Frontera Norte de España y uno de los hombres que mejor conocen la raya.

¡Ah!, y otra cosa todavía. Otra cosa que viene aquí como anillo al dedo, porque son palabras del Cardenal Newman, uno de los príncipes más cultos e inteligentes de la Iglesia:

Resulta una torpe contradicción tratar de conseguir una literatura que borre la idea del pecado, si necesariamente ha de referirse al hombre pecador; y no sirve resolver esta contradicción prescindiendo de la literatura, como si fuera algo innecesario o tan sólo nocivo.

Que así sea.

PRIMER EPISODIO
EL ZAPATERO DE HONFLEUR

1

Tuvo que llamar varias veces a la puerta. Y, mientras llamaba inútilmente, todo aquello se hincó en su memoria: la pequeña casa de dos plantas, grisácea, fea, revestida con el más triste de los cementos; la avenida Jean Marmoz, *pilote aviateur*; la ciudad, Perpiñán, extendida por la vega del Têt, y, al fondo, el siniestro Canigó, vigía adelantado y gigante de los Pirineos Orientales.

Era un enero frío, nevoso. Un viento helado, tramontano, azotaba la ancha vega, torcía las palmeras arrecidas, encrespaba el rubio pelo de los niños que una mujer conducía por la avenida a la escuela, hinchaba indecentemente su falda, fingía una extraña danza en los pobres pantalones de un obrero rezagado y se perdía en el mar de Canet, vencido, templado ya por la dulzura del agua mediterránea. Sobre todo aquello, sobre las montañas cenicientas hundidas en la nevisca, sobre Perpiñán, sobre la lluviosa y estremeada llanura, flotaba una hiriente inhospitalidad, una hosca dureza.

Llamó más y más, poseído ya por una angustiada desesperación, y, al fin, acudió alguien, se entreabrió la puerta cautelosamente y asomó por la rendija el rostro receloso de una mujer que lo miró largamente:

—¿Qué desea?

—¿Vive aquí Ramón Creus?

—¿Es que no ve la placa? ¿A qué viene preguntar?

—No sé. La costumbre.

—Bueno; usted dirá.

—Quisiera hablar con Creus. Vengo de parte de su amigo Julio, de Honfleur... Aquí traigo una tarjeta suya.

—Mi marido no está.

—¡Ah! ¿Usted es su esposa? Mucho gusto, señora.

—No creo que tarde en llegar, porque es la una y dijo que iba a venir a comer —se suavizó un momento la desconfiada mujer.

—Entonces volveré dentro de un rato.

—Como quiera.

La puerta se cerró bruscamente. Era una puerta de tablones de pino pintados de color chocolate; una puerta inhospitalaria, fea, con esa fealdad que no suele ser atributo de la pobreza, sino de la mediocridad. El hombre permaneció un instante mirándola, cuajándola también en su memoria. Después se volvió hacia la calle, bajó los tres escalones que descendían de su umbral y cruzó la avenida con pasos vacilantes. Entró en una tienda de *primeurs*, compró un par de naranjas, unas galletas y un trozo de queso; salió de nuevo a la calle y, al amparo de una valla, se puso a comer.

Pelaba ya cuidadosamente su última naranja con una pequeña navajita de bolsillo, cuando la puerta de la casa de Ramón Creus se abrió de pronto y la mujer apareció gritando:

—¡Oiga! Pase usted.

—No quisiera molestarla.

—Le digo que pase... Ahí va a quedarse aterido.

—Gracias; muchas gracias.

Traspuso el umbral con su andar agotado y cansino, cruzó un breve pasillo y entró en un confuso y frío comedor, donde la mujer le obligó a sentarse en una silla dura y tiesa, retirándose después a continuar sus faenas en la cocina, que abría también su puerta al corto pasillo, frente al triste comedor.

El tiempo comenzó a sonar en el seco tic-tac de un despertador barato que había sobre la mesa. Y el de Honfleur recorrió el cuarto con mirada distraída. Había una máquina de coser sobada por el uso, que mostraba desgastes en el yerto cromado de sus aceros, reina y señora de un rincón sembrado de hilos y retales. Un aparador feo y oscuro que

exhibía unos hermosos y alargados panes. Una pequeña estantería que soportaba anuarios, libros de bachillerato francés y algunos cuadernos grises, de cuentas. Una lámpara que colgaba del techo su viejo fleco de cilindros de cristal verde. Una mesa cuadrada y también oscura y aquellas sillas despiadadamente inconfortables.

Varias fotografías españolas de la mujer de Creus exhiben su pasada juventud, amplia, levantina. Una de ellas, acaso la mejor, se encuentra sobre el sucio tabique gris, con friso azulado, muy próxima a la puerta que se abre al pasillo. Es un retrato grande, descolorido, encerrado en un marco sobredorado, que muestra su falso metal. La mujer aparece joven, guapetona, escotada, llena, peinando con raya y ondas sobre las sienes sus negros cabellos. Hay garbo, alegría, vida, en aquella hembra impetuosa y ancha de la fotografía. Y el de Honfleur detiene un momento en ella su mirada.

La mujer de Creus aparece en la puerta, enfrentando su realidad actual con la imagen del retrato, que queda muy próximo, a la altura de su cabeza. Ahora su rostro está deshecho, perdido ya en la mala lucha de sus años, de sus treinta y tantos años, y aquellos ojos que fueron gachones brillan febrilmente ensombrecidos por un acorralado espanto, mientras la sucia bata morada, entreabierta, muestra unas carnes grasas y abundantes.

Se detuvo un momento, vacilando, en la puerta del comedor. Después, con una mirada insana, se echó encima del visitante, con el blando seno encabritado por el terror.

—Dígame, dígame... Usted no será comunista, ¿verdad? —murmuró ansiosamente.

El hombre, sorprendido, la observó un momento en silencio, con una mirada rara, difícil, traída al presente de sus palabras mediante un gran esfuerzo interior.

—¿Comunista... yo...? No, no, señora; no soy comunista.

—Entonces váyase inmediatamente de aquí —se sofocó la mujer—. Porque él va a llegar de un momento a otro y...

—¿Quién? ¿Su marido?

—No, no; el chófer —aclaró ella—. Que no se dé cuenta de nada, por favor se lo pido.

—La verdad, no la comprendo a usted bien.

—Más vale así, más vale —suspiró la mujer, saliendo del comedor para revolver un momento en la cocina.

Volvió en seguida, con un periódico en sus manos nerviosas, despavoridas, y un espeso tufo a sebo adherido a la bata.

—¿Ve usted esta fotografía? Sí, sí, este cerdo tan gordo rodeado por tres gatos —insistió anhelante, señalando con su dedo impaciente un grabado en la página del periódico y echando sobre el rostro del hombre un aliento cálido, insano.

—Sí..., ya los veo —admitió el de Honfleur, observando el diario de Perpiñán.

—Pues el cerdo es el médico, ¿comprende? Y los tres gatos..., los tres gatos están muertos —se angustió en un sordo sollozo.

—¿Ah, sí...? ¡Qué lástima de bichos! —compadeció el hombre, rehuyendo complicaciones.

—Muertos, muertos... Asesinados —siguió ella, estremecida por un oscuro horror.

—Ya, ya...

—El cerdo no es cerdo, ni los gatos son gatos, ¿sabe usted? —advirtió, saliendo precipitadamente del comedor. No tardó en volver, y entonces el hombre la fijó un momento, con mirada penetrante. Alta, desgredada, carnosa, trascendía un fuerte calor de hembra, un calor animal. Pero en su rostro faltaba algo ya perdido, algo que se había ido muriendo en un atroz sobresalto.

—No me traicionará usted, ¿verdad? ¿No será comunista? —insistió pesadamente.

—No; le aseguro que no —repitió el hombre.

—Me podría hacer daño, mucho daño... Pero, no, no tiene cara de comunista —observó de pronto, continuando, en una brusca transición—: El cerdo es el médico, ¿sabe?; el médico francés. Y los gatos las víctimas..., los anarquistas españoles —confió, bajando la voz medrosamente.

—Ya.

—Han pasado aquí cosas terribles —añadió—. Porque el médico mataba a los enfermos con inyecciones... ¡Ah! Si usted supiera... Pero como el Ayuntamiento es comunista, ya comprenderá usted que... ¡Deme, deme el periódico! ¡Pronto, por favor! —cortó sobresaltada, arrebatándole el diario, que el hombre conservaba en sus manos—. Y no diga nada de todo esto —suplicó, saliendo del comedor.

Un camión paraba ante la puerta de la casa. Se oyó echar el freno de mano, cerrar la portezuela y, en seguida, sonó un timbrazo receloso, breve. La mujer cruzó por el pasillo con un revuelo en la sucia bata, abrió la puerta sin decir una sola palabra y un hombre tosió mientras entraba hacia el fondo de la casa, dejando tras él ese apestoso olor del tabaco francés. La mujer volvió de nuevo al comedor, con los negros ojos españoles dilatados por el espanto.

—Es él... Ahora vendrá aquí —murmuró entrecortadamente—. El chófer, el asesino... Mi marido le tiene miedo y no puede hacer nada —añadió en una atropellada excusa—. Aunque sabe que un día nos matará, como ha matado a tantos otros —y se largó otra vez a su cocina. El de Honfleur movió lentamente la cabeza, con un gesto lleno de fatalismo. Pasaron unos minutos y el chófer entró en el comedor.

Era un enano estevado, vestido con un mono azul descolorido y sucio, y con barba de una semana en su cara grande y alargada. Se acercó a la mesa sin abrir los labios, con el torpe andar de sus piernas torcidas, trepó a una silla, sacó una cajetilla de *gauloises*, prendió un pitillo y después alzó lentamente los ojos y echó sobre el de Honfleur una

mirada ladeada, en la que vivían las más frías tristezas que la vida puede levantar en el corazón de un hombre.

El visitante se sintió molesto y esquivó aquel terrible mirar volviéndose un poco hacia la ventana que daba sobre la avenida, casi tapada por la grisácea masa del camión. Y los minutos pasaron de nuevo por el frío tic tac del despertador, ahogado de vez en cuando por los ruidos de la mujer en la cocina, mientras el rostro del enano continuaba impasible, como una máscara yerta en la que tan sólo los negros ojos mostraban una amarga vida.

El de Honfleur no pudo más y se levantó:

—Oiga, señora; un momento...

—¿Qué quiere? —se alarmó la mujer, recuperada la opaca sequedad de su voz y asomando su amplia estampa en la puerta del comedor, enjugándose las manos con un puerco paño de cocina.

—Me voy a marchar. Tal vez su marido tarde mucho, o acaso no venga a comer.

—Sí; es tarde ya...

—Dígale que le esperaré a las tres, en el *Café de la Poste*, frente a la Loge —añadió el de Honfleur mientras la mujer le abría la puerta de la calle con un gesto de alivio.

—Sí, será mejor, mucho mejor —admitió cerrándola.